

pio fray Luis al Salmo 21, en edición bilingüe y el mismo salmo romanceado en octavas reales; unos facsímiles del códice; un índice de fuentes y otro analítico. Enhorabuena a la editorial, al editor de este volumen y a todos los que han trabajado en la nueva serie de *Opera*. El esfuerzo ha merecido la pena.

José Barrientos García. Universidad de Salamanca
jbgarcia@usal.es

MARTÍNEZ CARRASCO, ALEJANDRO

Náufragos hacia sí mismos. La filosofía de Ortega y Gasset, Eunsa, Pamplona, 2011, 246 pp.

“A pesar de la gran amplitud de temas y la evolución del pensamiento de Ortega, se pueden descubrir con claridad las vigas maestras que recorren todo su desarrollo” (p. 15), afirma el autor al comienzo de la Introducción. Después de explicar que esa dificultad —señalada por varios de los estudiosos del filósofo madrileño— se debe a que los hilos que le dan sentido y profundidad quedan a menudo ocultos, asevera que ese objetivo es una tarea imposible si no se tiene presente la totalidad de la obra orteguiana, carencia que a su juicio ha sido la razón de que haya sido con frecuencia malinterpretada. De modo que el subtítulo del libro, “La filosofía de Ortega y Gasset”, responde a su contenido.

Aclara el autor que a pesar de su importancia “se han dejado de lado perspectivas cronológicas o genéticas” (p. 16), de las que hace un brevísimo resumen, aunque no son ajenas a su exposición centrada en lo que considera la etapa de madurez de Ortega: el curso de 1929, publicado póstumamente con el título *¿Qué es filosofía?* Criterio que adopta porque aunque pueden encontrarse elementos comunes en las diversas etapas de su itinerario filosófico —enumera cuatro—, “parece necesario otorgar un papel interpretativo preponderante al último de los paradigmas” (p. 19).

Finalmente aclara que el libro es parte de su tesis doctoral, *Dos soluciones a un problema común: Eugenio D’Ors y Ortega y Gasset* —si-

multáneamente apareció otro libro suyo con la correspondiente a d'Ors— en el que no ha querido prescindir del tono académico y del aparato crítico, que resulta imprescindible para fundamentar su interpretación de la filosofía de Ortega. Se agradece ese soporte académico por el rigor que da a sus conclusiones a la hora de interpretar una obra tan dispersa; y porque es tal el acierto en la cantidad y extensión de las citas que vuelven muy atractiva su lectura, que no llegan a fragmentar la del cuerpo del texto. Da la impresión de que Martínez Carrasco ha intentado que no quede oculto el esplendor de la prosa orteguiana y, si ese fue su intento, lo ha logrado.

El autor divide el libro en tres grandes capítulos. En el primero, *La estructura última de la realidad*, expone con notable penetración la postura de Ortega, su intento de superar tanto el realismo como el idealismo. Es sabido que los análisis y refutaciones más elaboradas las dedicó el filósofo madrileño al idealismo. Martínez Carrasco no entra a enjuiciar hasta qué punto es correcta la interpretación que Ortega hace del idealismo. Sencillamente parte de sus afirmaciones porque esto le permite exponer con claridad la alternativa orteguiana. En síntesis, y después de haber hecho un recorrido completo de todos los lugares de la obra de Ortega en que el filósofo añade algún matiz significativo para explicitar sus ideas, concluye que si bien la filosofía orteguiana es una filosofía de la conciencia, esta no acaba por subsumir al objeto, que siempre aparece con la contundencia de ser facilidad o dificultad para el proyecto vital del sujeto. Por tanto, la realidad fundamental que es la vida, según Ortega, implica la implicancia mutua de un yo y su circunstancia, los ingredientes primordiales que funcionan en la vida real, que es la de cada uno.

Esta mutua implicancia de sujeto y objeto en la realidad radical que es la vida humana posibilita una explicitación rica, matizada, profunda de lo que significa la “perspectiva” en el sistema orteguiano, como una dimensión *de* la realidad, que nunca se hace presente sino a un sujeto, que no es otro que un hombre cualquiera que forzosamente tiene que hacer su vida porque se encuentra viviendo sin tenerla hecha.

El segundo capítulo, “El Conocimiento”, aborda el tema en la filosofía de Ortega. Además de la claridad al exponer la propuesta orte-

guiana de que el pensamiento se corrija a sí mismo quitando lo que sólo él añade al conocer la realidad, se pone de manifiesto un trabajo de sistematización y de interpretación importante. Especialmente en este capítulo se nota el dominio que el autor tiene de toda la obra de Ortega, y su capacidad para compaginar afirmaciones del filósofo madrileño dispersas en diferentes lugares que a primera vista podrían parecer contradictorias. No disimula Martínez Carrasco la tensión que existe entre las afirmaciones de Ortega, pero logra armar un puzzle en el que resultan coherentes y comprensibles. Concretamente, la distinción y el paralelismo que establece entre lo que Ortega entiende por conocimiento científico y conocimiento filosófico, y los dos aspectos que reviste este último en su pensamiento, posible origen de afirmaciones suyas sobre lo que es filosofía que a una primera lectura parcial podrían resultar desconcertantes. El autor lleva a cabo una verdadera tarea intelectual de “salvación” de los textos orteguianos, en consonancia con lo que Ortega pensaba que debía ser el pensamiento.

La tercera parte se subdivide en cuatro apartados, y es la que responde al título del libro, aunque las dos anteriores sean imprescindibles para adentrarse en ésta. En el primero trata sobre la verdad como la coincidencia del hombre consigo mismo, un tema que Ortega desarrolla fundamentándolo en el fondo insobornable: el yo más auténtico, vocacional, con el que el hombre se encuentra cuando tiene que hacer su vida, que implica siempre elegir. El yo verdadero que puede aceptar, o rechazar. En este caso se condena a la inautenticidad, a la falsificación de sí mismo. Los análisis de Martínez Carrasco de la relación de ese yo auténtico con el yo concreto, histórico, que el hombre puede lograr en el ambiente generalmente adverso que es su mundo —su circunstancia— son exhaustivos.

A continuación trata el tema de Dios. Es sabido que Ortega no abundó demasiado en él. Pero la exposición viene exigida por la dimensión en cierto modo sagrada a la que apunta el origen del yo auténtico. El análisis del desarrollo del tema de Dios es muy completo. Y aporta una visión histórica del mismo, lo que supone un verdadero aporte por tratarse de una dimensión tan fundamental en la vida humana y en la que las mismas vicisitudes de la vida del filósofo madrileño habrán jugado un papel decisivo. Aquí se pone de manifiesto los atisbos de Ortega, las intuiciones verdaderamente ge-

niales por su penetración en una cuestión tan comprometida, al tiempo que las limitaciones al dejar sólo apuntadas posibles vías de acceso a la trascendencia que él no llega a desarrollar en sus escritos.

Finalmente se aborda el tema de la filosofía en la obra de Ortega con un título muy sugerente: “La filosofía como esperanza”, para concluir con el de la razón histórica, ese ejercicio de la razón imprescindible, según el filósofo, para poder pensar la vida humana indeleblemente marcada por su dimensión histórica. Hay que destacar el esfuerzo hermenéutico que realiza Martínez Carrasco para comprender la distinción de la razón vital y la razón histórica y cómo se encuentran vinculadas en el pensamiento del filósofo. Y aquí se cierra el círculo al presentar la filosofía como una tarea de salvación, condenada de algún modo al fracaso, dimensión que tiñe toda la vida humana, porque nunca se llegará al estadio de una lucidez definitiva; aunque con su ejercicio el hombre se niega a renunciar al afán de autenticidad a pesar de que sabe de antemano que no lo conseguirá de un modo pleno. No importa: la fidelidad a esa irrenunciable llamada a la autenticidad lo salva en una dimensión intramundana, en la que con esta actitud demuestra su talante ético. De ahí el acierto del título: *Náufragos hacia sí mismos*, extraído de un texto sobre Juan Vives que figura como epígrafe.

Estamos ante un estudio muy serio, muy bien fundamentado, en el que, sin hacer concesiones a las tensiones y hasta posibles complejidades que puede despertar una primera lectura de la obra de Ortega, se logra dar una visión completa, armónica, inclinando la interpretación en el sentido más favorable. Además se pasa revista a la bibliografía de sus estudiosos más notables, ante cuyas conclusiones el autor afirma fundadamente su propio juicio.

Al terminar la lectura de este libro se concluye que Ortega se equivocó cuando en el Prólogo a la primera edición de sus publicaciones, en 1932, supuso que no habría “grandes probabilidades que una obra como la mía [...] encuentre el ánimo generoso que se afane, de verdad, en entenderla”. Porque estamos ante el fruto que logra sólo la generosidad intelectual.

Juan José García. Universidad de Montevideo
jgarcia@um.edu.uy